



**Jorge Galindo**

## **José Luis Piñeyro (in memoriam)**

Aún antes de haber tomado un curso con él, conocía bien la reputación de José Luis Piñeyro. Para nadie era un secreto que se trataba de uno de los profesores más exigentes de la licenciatura. Cuando vinieron las inscripciones, lo anterior quedó demostrado. Mientras que en el grupo de la otra profesora se habían inscrito unas veinte personas, en el de José Luis nos habíamos inscrito apenas unos seis. Como profesor, José Luis no era especialmente didáctico. Más que en explicar una y otra vez las cosas, sus cursos se basaban en profundas observaciones sociológicas sobre la realidad latinoamericana. Como alumno, uno tenía que esforzarse por decantar los elementos teórico-metodológicos que subyacían a dichas observaciones para luego aplicarlos en sus propias observaciones.

En términos generales, yo no era un mal alumno. Sin embargo, como muchas personas de mi generación, estaba acostumbrado a recibir el conocimiento ya muy digerido, por lo que su método de trabajo me resultaba difícil de asimilar. A diferencia de otros profesores, José Luis no nos transmitía información sobre algo, sino que enseñaba a pensar sociológicamente. Y aprender a pensar no es cosa fácil. Tomé dos cursos con José Luis y en ambas ocasiones reprobé. De hecho, esas fueron las únicas dos asignaturas que reprobé en la licenciatura.

No obstante mis notas, no me alejé de José Luis, pues intuía que en su perspectiva teórico-metodológica había algo muy valioso, algo sin lo cual mi formación como sociólogo se vería mermada. Felizmente, él tampoco se dio por vencido conmigo y me permitió colaborar con él en diversos proyectos. No sólo realicé mi servicio social en su proyecto sobre seguridad nacional y publiqué mi primera reseña en un número de “El Cotidiano” que él coordinó, sino que también fungió como asesor del proyecto terminal que elaboré al alimón con Antonio Berthier.

Sobre el papel de José Luis como asesor cabe mencionar algo. El análisis del discurso zapatista que Antonio y yo buscábamos hacer en dicho proyecto no entraba en la perspectiva teórica que José Luis trabajaba. Sin embargo, como nadie más se animaba a asesorarnos, José Luis entró al quite. Fiel a su estilo nos dijo que no estaba de acuerdo con nosotros, pero que consideraba que éramos buenos alumnos y que valía la pena que saliéramos de la licenciatura para poder continuar nuestros estudios. Este apoyo, empero, no debe ser visto como condescendencia intelectual, no, José Luis Piñeyro no condescendía. De hecho, antes de que lleváramos a cabo la presentación del proyecto ante un grupo de profesores del departamento, José Luis nos dijo: “me reservo el derecho de tirarles mierda”.

Entiendo que para el observador externo estas palabras pueden resultar duras en extremo. Sin embargo, yo las recuerdo con cariño y todavía hoy me hacen sonreír. Más allá de la altisonancia de la frase, no se trató de un comentario agresivo, sino de una observación puntual de lo que debíamos esperar de nuestro implacable asesor en la presentación. Justo esto es lo que las hace memorables: con José Luis uno aprendía que, sin importar el escenario, el mejor servicio que se puede hacer a un alumno o a un colega en esta profesión es leerlo con atención y criticarlo sin miramientos.

A final de cuentas, la presentación del proyecto no salió tan mal. Ciertamente José Luis nos criticó, al grado que otro profesor tuvo que salir en defensa de nuestro trabajo. Sin embargo, nosotros íbamos bien preparados para sus críticas y salimos bien librados de la presentación. A José Luis no le interesaba que compartiéramos sus puntos de vista, sino que supiéramos defender los nuestros.

Al terminar la licenciatura, desarrollé una relación de amistad con Gabriela Barajas. Esta relación me permitió ver otra faceta de José Luis, lejos de las aulas de la UAM. En este ambiente relajado e informal, José Luis dejaba de ser un profesor implacable para convertirse en una persona entrañable. Guardo gratos recuerdos de esos fines de semana en los que no sólo se charlaba, sino que se comía bien y se jugaba basquetbol.

Muchos años han pasado desde esos agradables días y, desafortunadamente, José Luis ya no está con nosotros. Sin embargo, como buen maestro que fue, vive en nosotros, sus alumnos. Con frecuencia me sorprende empleando en mis cursos los ejemplos con los que él nos explicaba la dinámica de la lucha de clases, la importancia de tomar en cuenta los intereses materiales o los peligros de un idealismo simplista. Sin lugar a dudas, la partida de José Luis no sólo representa una gran pérdida para su familia, sino también una pérdida para la disciplina sociológica. Nuestros corazones y nuestro pensamiento lo echaran de menos. Por mi parte, el mejor homenaje que puedo hacerle es esforzarme por no caer en la trampa de la condescendencia intelectual y criticar, con fundamentos pero sin contemplaciones, tanto la terrible realidad social que nos rodea como, en caso de ameritarlo, aquello que los científicos sociales dicen de ella.

**Jorge Galindo**

Profesor-investigador del Departamento de Ciencias Sociales de la UAM-Cuajimalpa